

Moral y
transparencia

Capítulo

VI

ESFERA PRIVADA E INTIMIDAD

QUE EL PRINCIPIO DE PUBLICIDAD CUENTE YA CON UNA AÑEJA HISTORIA,

no impide que las nociones correlativas de espacio público y de espacio privado hayan sufrido una transformación mayor a lo largo del tiempo y, en particular, en el transcurso del mundo moderno. Para comprender la naturaleza de esta transformación es necesario comparar su antiguo significado con su acepción contemporánea. Comencemos por recordar que en el mundo antiguo lo público se constituye por oposición o, mejor dicho, por una franca ruptura con la esfera privada, conformada ésta por lo que no concierne sino a cada uno (de los ciudadanos libres). A diferencia de lo que sucede hoy en día, para los antiguos griegos lo privado se identifica con lo doméstico y, por extensión, con lo económico. Es decir, es todo aquello que se sitúa bajo la categoría de trabajo y bajo el modo de una actividad técnica o instrumental, por oposición a la acción libre. Se refiere, entonces, a formas de relación subordinadas y

de dominación sobre aquellos que son inferiores “por naturaleza”. Es el lugar en el que el jefe de familia, el varón adulto, ejerce su dominio sobre “su” mujer, “sus” hijos y “sus” esclavos.

Una transformación análoga se observa en lo que se refiere a la concepción del espacio público. En efecto, para los antiguos griegos el espacio público es el ámbito en el que se ejerce la libertad entre seres libres e iguales, pero esta libertad e igualdad impele a cada uno a distinguirse frente a los demás. El espacio público de la Grecia clásica es, así y ante todo, un lugar vinculado con lo que se puede denominar “una estética de la figuración”: el motivo fundamental que lleva a los individuos a participar en el debate público es el deseo de sobresalir y conseguir la gloria. La fama es un valor primordial. Entre una vida breve pero con gloria y una larga vida sin ella, Aquiles no duda en preferir la primera. La bella muerte, la del joven guerrero en el combate, es el máximo valor moral para los griegos. Así,

desde Aquiles hasta Sócrates, no sólo la vida privada, sino la vida misma debe poder ser sacrificada en aras de la vida y de la imagen pública, pues lo público es el ámbito en el que se juega la identidad personal.

Para entender ahora las particularidades de la concepción contemporánea, tanto de espacio público como de espacio privado, también es conveniente preguntarse, junto con Louis Dumont³², sobre las condiciones históricas y culturales bajo las cuales se puede dar la figura del individuo como ser independiente y singular. No se trata de un fenómeno social privativo de la Modernidad; para el antropólogo francés no hay duda de que en las sociedades tradicionales también se puede dar la figura del individuo. Sin embargo, constata una diferencia significativa: para ser individuo en las sociedades tradicionales, se debe pagar el costo de romper los vínculos sociales y “salir del mundo”. Así lo demuestran los casos del asceta hindú, el sabio grie-

go o el monje medieval. Si bien la afirmación puede ser discutida³³ es claro que, a diferencia de las sociedades tradicionales, la sociedad moderna favorece el individualismo “al interior del mundo”. Ahora la individualidad y el espacio privado ya no son una opción limitada a una clase de individuos específicos (el asceta, el sabio o el monje), sino un valor social compartido y difundido, propio de todas las personas y reivindicado por todos. Ahora bien, éste no es el único rasgo que nos distingue del mundo antiguo. Otro cambio mayor favorece que, en el mundo moderno, la esfera individual se convierta en una instancia particularmente valiosa que deba ser protegida; se trata del surgimiento de la intimidad.

En efecto, una pregunta que cabe hacer es si en el mundo antiguo, en particular en el pueblo que más desarrolló la figura del individuo –los griegos–, existe una noción equivalente a la nuestra de intimidad. A saber, la idea “de un ser real,

original, un individuo singular cuya naturaleza auténtica reside enteramente en el secreto de su vida interior”³⁴. Si consideramos, por ejemplo, el testamento de Aristóteles, es de observar que no contiene nada de íntimo. Jean-Pierre Vernant, quien se hace esta pregunta sobre la intimidad, concluye que no. Entre los antiguos griegos:

no hay introspección. El sujeto no constituye un mundo interior cerrado, en el cual deba penetrar para reencontrarse o mejor descubrirse³⁵.

La intimidad no parece ser un fenómeno antropológico sino más bien cultural, que surge lentamente en la historia de Occidente. Su desarrollo fue favorecido por elementos dispares como son la valoración de la conciencia de sí en el cristianismo en general, la reivindicación de la conciencia interior y de la vida ordinaria con el protestantismo, y la popularización del psicoanálisis de

Freud en el siglo XX. Así lo muestran las tradiciones literaria y filosófica: de las Confesiones de San Agustín (354- 430 d. C.) a su triunfo en la Interpretación de los Sueños de Freud, pasando por las introspección de Montaigne en sus Ensayos, las Confesiones de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y las llamadas “novelas de formación” (Bildungsroman) del siglo XIX alemán. Con el desarrollo de la intimidad también se acentúa el valor de la privacidad, como se refleja en el diseño de los espacios físicos de las viviendas. Por ejemplo, a mediados del siglo XVII surgen en Francia actividades y espacios que son claramente propios del mundo privado. La lectura, el aseo, el reposo, entre otras actividades privilegiadas, tienen lugar de ahora en adelante en espacios claramente diferenciados y privados³⁶. Esta gran transformación de las mentalidades que tiene lugar en el mundo moderno se refleja en el derecho y lleva así, a la idea de un espacio de liber-

tad negativa o de independencia frente a las intervenciones del Estado: “el derecho del individuo a ser dejado solo”, como dijera en 1890 Louis Brandeis en su artículo pionero sobre el derecho a la privacidad³⁷.

OTRO CAMBIO MAYOR FAVORECE QUE, EN EL MUNDO MODERNO, LA ESFERA INDIVIDUAL SE CONVIERTA EN UNA INSTANCIA PARTICULARMENTE VALIOSA QUE DEBA SER PROTEGIDA; SE TRATA DEL SURGIMIENTO DE LA INTIMIDAD.